

la fama de hombre que está en los usos y las modas. La col se deja comer mansamente : ni gruñe, ni pica, ni amenaza ; gemirá quizá allá donde no la oimos ; gemirá en secreto, y, buena cristiana, perdonándonos de corazón, se irá adentro al infierno adonde condenamos á justos y pecadores en nuestra voracidad diaria ; mas no protesta por la imprenta, como el maíz tostado ; ni se venga con pincharnos por todas partes, si la mascamos en vez de chuparla, como la alcachofa. En los banquetes de Pitágoras, cuando este buen hombre convidaba á sus discípulos y sectarios, la col tenia la sartén por el mango : si el cocinero del filósofo le sabia dar veinte formas á la madre de las hortalizas, no os lo puedo vender por verdad de clavo pasado ; de presumir es que, viajando á Egipto con su amo, en la gran pirámide de Ménfis, en el antro de la sabiduría, hubiese descubierto las maneras muchas y extraordinarias en que los padres de ciencias y artes habian dispuesto para comer el repollo de esta mata preñada de jugos nutricios y partículas milagrosas. En cuanto el amo se estaba maravillando con la rotacion de los astros simbolizada allí por esferas de oro, el cocinero no perdía tiempo de instruirse en los secretos culinarios de los egipcios : así fué como de vuelta á su país pudo ofrecer á los convidados de su señor platos asaz diferentes de un solo elemento : no de otro modo el gran Parmentier le supo dar á la papa tantos aspectos y sabores, que bajo la proteccion del rey de Francia, el tubérculo asqueado y temido vino á colocarse de un salto sobre todas las raíces del mundo.

Pudieron los antiguos salir airosos en sus comidas y banquetes sin la papa ? Harto derecho tiene para dudarlo un hijo del Nuevo Mundo ; y hoy por hoy lo dudarian asimismo los europeos. Uno de los títulos que Luis decimosexto tiene al cariño del género humano es su incontrastable parcialidad por la papa ; sin él, ricos y pobres se habrian visto quizá privados, los unos de exquisitos manjares, los otros del fundamento de su alimentacion diaria. Ni el tabaco, con ser quien es, ha sufrido guerra más cruda que la papa : pontífices le excomulgaron á ese negro infame, reyes le condenaron á mutilacion de orejas y nariz ; y con todo, triunfó el brujo, y hoy es envenenador universal condecorado por los príncipes de la tierra. El emperador Napoleon III fumaba elegantemente su cigarrillo ; el czar de Rusia se deleita con su puro Vuelta-Abajo ; el Gran Señor de la Puerta Otomana, sentado en medio de una sala redonda, cruzadas las piernas sobre alcatifa de Damasco, está chupando su pipa de boquilla de ámbar, cuyo recipiente de porcelana reposa una vara distante de él asida á luengo conductor de exquisita materia. Me perdonaria Dios si dijese yo que el sumo pontífice, el pontífice romano, cuando ha comido bien ó mal, saca su cón-golo de la manga, lo rasca artificiosamente, vierte en la concavidad de la mano una porcion de su oloroso contenido, y echándolo á lo largo de un rollo de papel, lo corre y tuerce entre los dedos ? Ya está hecho su buen papelillo, como decimos en América ; cigarrillo, como dicen en España : Su Santidad sabe echar yescas como fumador provector ; pero eso sí, con eslabon taraceado de oro en finísimo acero. Prendió la chispa : el santo

viejo sopla ese diminuto hogar, aviva el fuego, y allí es el prender su sabrosa máquina, chupando apuradamente, á golpes los labios el de arriba con el de abajo. Esas bocanadas de humo azulino santifican el Vaticano; y puesto que fuma Su Santidad, ya podemos hacer otro tanto los herejes, sin miedo de las penas eternas.

Si para librarme de ellas habia yo de fumar, optara por el infierno: tabaco, no por mis labios. Dientes limpios, aliento casi oloroso, dedos en pulcritud incorrupta, son descuento de muchas ventajas y prendas personales que pueden faltarles á los que huyen de esa corrupcion del cuerpo y la inteligencia. El tabaco, sin esconder sus malas acciones, ha vencido en el mundo entero; la papa tuvo que poner en claro su inocencia, para hallar cabida en la mesa del rico, en la del pobre: sin la proteccion ardorosa de un gran príncipe, sus obras de misericordia no hubieran quizá pasado los términos de su cuna. Temida, calumniada, huian de ella los europeos, bien como de la lepra. La papa es causa de la elefancia, ah fruto maldito del infierno, vanas serán tus tentaciones. Empero digo yo; no fueron los cruzados quienes trajeron la elefancia á Europa, cuando hubieron conquistado el sepulcro de Cristo? Pues cómo esa raíz inocente del Nuevo Mundo, que sale virgen de las entrañas de la madre tierra, formada por las sustancias más sencillas y puras, habia de encerrar en su seno ese maleficio? Luis decimosexto no murió de la enfermedad de san Lázaro: Dios y la revolucion saben de lo que murió; y era tan aficionado á las papas, que ellas honraban tarde y mañana sus manteles. Hoy es la carne de los

pobres en Francia, Alemania, Irlanda; es pan, donde falta trigo; dulce, donde no se digna concurrir el azúcar aristócrata; y, siendo como es auxilio del pueblo necesitado, es al propio tiempo regalo del gran señor. Ese globo cresco, blanco, que está erguido sobre provocativa salsa en fuente de porcelana, es la papa entera, cocida sin condimento ni artificio: su harina está brotando en flósculos y reventazones que prometen exquisito sabor al paladar, al estómago sustancia delicada: heridla con el tenedor de plata, ahogadla en el jugo que la rodea, y ved si lo dioses gustaron manjar más delicioso en los mejores tiempos del Olimpo. Qué onzas de oro son esas que están poniendo sitio al pedazo de lomo que se yergue en medio de ellas orgullosamente? Depuesta su crudez en la parrilla, ahora es comestible que ofrece sangre y vida; esponjado, tierno, succulento: mas ¿qué sería él sin los adminículos que le rodean en forma de monedas resonantes? La papa, cortada en tenues rodela, frita en mantequilla, ha tomado ese color de águilas americanas, levantada su epidérmis en convexidad henchida de goloso viento. Tomad una de esas ostias profanas, apretadla entre las mandíbulas, y ved si es música el ruido con que se quebranta y desmenuza, quejándose amorosamente de vuestro legítimo apetito. Si sois viejos, allí la teneis en masa blanca y pura, ó ya embermejecida con *aji* punzador ó con azafran oloroso. Si cholos, comprad en la esquina de la calle, en la ciudad de Quito, ese emplasto ruidoso que está echando chispas en el tiesto, derramadas las entrañas al rededor en feroces hebras de queso derretido. De qué otro modo os presentaré la papa, amigos míos?

Parmentier la ofrecia al rey y su augusta esposa en dieziseis maneras diferentes : seguro está que ese hábil cocinero haya descubierto manjares tan variados y tantos como de ella hacemos y comemos los hijos del Nuevo Mundo. Para un banquete de Pitágoras, sobran los que hemos puesto al antojo de los lectores : si sobrios y morigerados, pasemos á la lechuga.

Dicen que Aristóteles, burlado en su legítima esperanza de suceder al divino Platon como cabeza de la Academia, se retiró de ella y fundó el Liceo : léjos se hallaba, ciertamente, el filósofo de Estagira de conceptuarse inferior á Speussipo ; y con todo, éste fué el designado por el maestro moribundo para tan honorífica herencia. Si Pitágoras me pusiera en el artículo de comer lechuga, yo me separara de su secta y fundara otra distinta. La estoica no, por que es obra de Zenon de Elea : la escéptica no, por que es cosa de Pirron : la sirenaica no, porque es doctrina establecida por Aristipo : ¿ cuál fuera la escuela que yo fundara, si el maestro me obligara á comer lechuga? El nombre no hace al caso ; pero yo enseñara en ella la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, el amor á las virtudes, la desconfianza de los frailes y el desden por la lechuga. Sea el hombre omnívoro en buenhora ; mas por el Verbo encarnado, no coma así yerbas envueltas en aceite y vinagre. Los judíos le hicieron apurar á Jesus una pocion de hiel y vinagre , en vez del vino con mirra que acostumbraban dar á los criminales en la cruz : de hiel y vinagre á aceite y vinagre no va gran cosa. Si un tiranuelo nos constriñese á comer yerbas

crudas pasadas en aceite, clamaríamos al cielo por el castigo de ese monstruo ; pero hagamos nuestro gusto usando de nuestro libre albedrío ; comamos tueras, bebamos cicuta, y estamos muy pagados de nuestra civilizacion. El pescado nutre principalmente el cerebro, las aves engruesan la sangre ; el efecto de la lechuga, cuál es ? alimenta, regenera ? comunica vigor y actividad ? Las vírgenes prisioneras de Dios deben subrogar con esa planta insípida, insápura é inodora al gordo, pecaminoso chocolate : lechuga, verdadero manjar de monasterio. De estas casas han de huir los estimulantes brutales, esos despertadores llenos de malicia, que escondiendo su horrible poderío en humilde jícara, van á hacer estragos en las venas de las castas esposas de Jesucristo. Estas santas mujeres le tienen miedo á la carne los miércoles y juéves de todo el año ; y en via de penitencia y de servir á Dios la suplen con el pescado ; cuando es principio inconcuso que los pueblos ictiófagos son los que más sufragan por la propagacion de la especie : testigos las naciones del norte, llamadas *fragua del género humano*, donde abundan de tal modo los peces, que sobrando para los hombres, van á servir á las bestias de alimento diario. Pescado y chocolate : seguro debe de estar el corazon en los conventos, dormida el alma á los aldabazos de los sentidos.

A las monjas, al fin, les abona la ignorancia : su intencion es dar de comer á la virtud, mas en verdad ponen la mesa al enemigo malo. No es éste una trinidad compuesta de mundo, demonio y carne ? Donde están campeando el salmon orgulloso, la corvina tentadora,

él es el convidado ; él, en donde el chocolate, oculta la negra faz debajo de máscara de dorada espuma, se regocija ya de sus triunfos, vanaglorioso de cumplirle su palabra al amor, su cómplice exigente. Cuanto al canónigo de papada reverenda, el cura de barriga venerable, el provincial de cuello corto, adrede lo hacen : bonitos son ellos para comer lechuga y adormideras, para beber agua de la fuente Castalia ! Carne, vino, chocolate ; logros y placeres ; pecados mortales á manta de Dios : ellos al cielo ; nosotros, todos cuantos somos, escritores, filósofos, poetas, hombres de Estado, guerreros, pobres diablos, al infierno. El cielo es mayorazgo de los católicos, esto es los que comen, beben, duermen más y mejor que los herejes, y se llevan la mayor parte de los bienes del mundo, para mandarnos muertos de hambre al abismo de los dolores sin remedio. Hállese entre mis facultades la de darles su merecido á estos varones sin tacha, y yo no habia de ser con ellos tan cruel como ellos son con nosotros, cuando nos mandan á devorar sapos y lagartijas en el centro de la tierra : yo no los condenaria sino á no comer carne ni pescado ; á no tomar chocolate ni vino ; á no fumar ; á no dormir en tres colchones hasta las nueve del dia ; á no recibir capones rellenos sobre fuentes de plata de sus hijas de confesion ; á no tener baules de onzas de oro, ni huchas donde entierren la peseta, el real ; á no hartarnos de injurias y necedades, socolor de decir la palabra de Dios ; á no ir á visitas con sotana de raso, monda y lironda la quijada, peinados cual mancebitos de primera tijera, sin ahorrarse el aceitillo aromático ni el agua de Florida ; á no salir de noche disfrazados, ni recibir pali-

zas de equivocacion ; á no caer enfermos para que vayan á asistirlos las beatas jóvenes ; á no hallarse mal del estómago, á efecto de que no menudeen la copa de coñac ni de anisado. Privarlos de éstos que son verdaderos males para hombres de virtud, bastaria para que á éstos se los llevase el diablo : se moririan de pura cólera ; y ahí me las diesen todas.

¡ Várame Dios, y qué berrinche toman esos humildes servidores de Jesucristo ! No lo dije por tanto, señores míos de mi ánima ; y así, dando por buena la intencion, y por nulos é non avenidos esos términos que quieren asomarse á la ironía, echemos pelillos á la mar, y sentémonos á la mesa con nuestro padre san Gregorio, en esas verdes y apacibles tiendas de entretejidas ramas, donde aconseja celebremos la fiesta con sobrios banquetes. « La modesta alegría puede decirse que es parte del culto : » alegría es muchas veces hada invisible que está escondida en el fondo de la copa, tomando un baño aromático de cualquier vino generoso : si nuestro padre san Gregorio exige que estemos alegres, bajo de santa obediencia hemos de alzar el codo tras la pechuga de pavo, ese manjar de blancas hebras que se nos derrite en la boca sin necesidad de masticacion. Señor obispo, sea servido vuestra ilustrísima de tomar conmigo á la salud de san Cirilo, san Ireneo y más Doctores que son antorchas de la Iglesia ? Aunque pecador, no seria imposible se me entendiese á mí tambien de achaque de pronunciar brindis y discursos donde me trasloase yo mismo, al tiempo que mando á los infiernos á los enemigos de la religion y los jesuitas, como tiene por cos-

tumbre el cura del lugar en donde estoy trazando estos renglones. « Corazon sano, cara limpia, alma noble, » dijo anoche no más en una conferencia de entrar en docena con las del padre Ventura de Ráulica : « que me busquen un pecado en mi vida, una mancha en el rostro, y aquí están mis orejas, si me las hallan los impíos. Humildad, caridad, castidad; largueza, paciencia, diligencia; templanza, templanza, templanza! éstas mis acciones; al paso que en ellos todo es lujuria, todo gula, todo envidia. Yo á privarme del alimento necesario; ellos á hartarse de las más salaces viandas: yo á dar el último real á los pobres; ellos á quitarle el cuarto que le he dado al mendigo: yo á vivir metido en mi casa ó en la iglesia alabando á Dios; ellos á irse con el chorroborro de picardías nocturnas. Pues qué ha de suceder sino que á todos estos pillos se los ha de llevar el diablo? Aprendan de mí la práctica de las virtudes; sean, como yo, ejemplo de fortaleza, apesar de mis cortos años. Estais pensando que paso de treinta y tres? La edad de Jesucristo y de Monseñor Vanutelli. Ahora que digo Vanutelli, sabed que el Delegado Apostólico, á quien tuve el honor de ver en Lima y acabo de ver en Quito, es jóven gallardo sobre toda ponderacion: mocito, sonrosado, elegante: me estais viendo á mí, pues ya le habeis visto al Enviado de Su Santidad. En el sentarse, en el hablar, en el montar á caballo, en todo somos iguales. ¡ Cosa rara! ni el lunar que yo tengo cuatro dedos abajo de la tetilla izquierda, le falta á mi querido Vanutelli; sino que dicen que él es un tanto enamorado; y yo he de morir como Lutero, sin haberle visto la cara á la malicia. »

Esto sí que es hacer servir la ignorancia á los fines de la verdad: no sabe el orador que Lutero se regodeaba con ver á su hijo de seis meses en brazos de su madre, mamando apuradamente el angelito, y sonriendo á tiempo que mira al rededor? El casto cura quiere morir como Lutero; aunque éste no hubiera podido jactarse de los propios timbres que aquel Adónis de la Iglesia. Abdon y Jair, jueces de Israel, viajaban por el reino montados, ellos, sus cuarenta hijos y treinta nietos, en otros tantos burros á los cuales les relucia el pelo: para el cura de este lugar y su católica descendencia no habria hartos pollinos en el circuito de su parroquia, ni en las provincias lindantes, si quisieran ir caballeros en el soberbio bruto que era la gloria de los antiguos patriarcas. En órden á la alimentacion y el apetito, es fama que el sobrio ministro no toma sino veinte huevos duros en el almuerzo, una gallina migada, un frasco de buen vino, y una tazita de chocolate, así, del porte de una jofaina. Gracias al ayuno, los azotes de estos varones justificados no llueve fuego sobre la ciudades, y no acaban los terremotos con justos y pecadores.

Será cosa de que nos enojemos otra vez? Vamos, señores eclesiásticos, no hay porqué se suban vuestas mercedes á la parra: este vuestro coronista es buen muchacho que no quiere sino ponerse á derechas con la catolicidad y andar camino de la gloria: esto no lo consigue nadie sino negando lo que comen, y beben, y duermen obispos, canónigos, curas y clérigos sueltos; creyendo y confesando que todos ellos son hombres de hacer penitencia doce años en un monte solitario, como

Beltenebrós, y doncellas de ir con palma y guirnalda á la sepultura. Decir que tienen con que vivir, es ofenderlos; que comen mascando á dos carrillos, calumniarlos. Pensar que beben, pecado mortal; creer que duermen, y no enteramente solos, mentira y difamacion. Ahora diga usted que tienen plata; el demonio se los lleva. De todas estas maldades se componen la impiedad y la herejía de los bribones que no les damos el gusto de tenerlos por unos san Vicentes de Paul y san Carlos Borromeo: en forma de diezmos y primicias, de entierros y responsos, de casamientos y vísperas nos extorsionan la última peseta, y exigen de nosotros el convencimiento de que no tienen para el pan de cada día. Vaya en gracia, hombres de virtud y santidad: si para la salvacion de mi alma debo echar en el buzón de la iglesia la mitad de la hacienda que Dios me ha de dar algún día, quedando firmemente convencido de que os defraudo y robo la mitad que reservo para mis hijos, allá va lo que puedo, y perdonad por lo demás: bien ayuna quien mal come; y al que no tiene el rey le hace libre.

En los festines eclesiásticos ha de reinar la modesta alegría, como lo manda san Gregorio; y la paz, como lo siento yo, aunque hereje, cismático y pecador. Adórnome con estos tres títulos, á fin de que buenos y buenas rueguen por mí; pues ahora se me acuerda que entre las oraciones nocturnas de mi santa madre, á las cuales venia yo aherrojado, habia una muy larga por los cismáticos, herejes y pecadores. Si uno no es cismático, hereje ni pecador, nadie pide por él, nadie se acuerda

de pécora semejante: luego el ser cismático, hereje y pecador es una canongía: las viejas piden por él; las jóvenes, con sus labios sonrosados y su corazón palpitante, ruegan por él, é impetran de nuestro Señor Jesucristo el perdón de sus pecados. Desgraciado del que no es cismático, hereje ni pecador! ése, á fuerza de olvido de todo el mundo, está en un tris de irse á los infiernos, y una por una se va primero que Voltaire y Juan Jacobo Rousseau, bellacos por quienes no dejan de pedir los fieles, si no son el conde José de Maistre y Luis Veuillot, quienes han votado por que á esos dos mamoncitos se les ponga en la ceja del Orco, y se les dé una patada por mano del verdugo.

Ya dije que no hemos de pelear, ilustrísimos señores obispos, venerables párrocos, santos monjes del Cistel, del monte Casino y la Cartuja. Qué comezón es la vuestra de buscarme camorra á cada paso? por qué teneis azar conmigo? Ni de la discusión acalorada suelo gustar; ménos de estas contenciosas oposiciones que están oliendo á chamusquina. *Pax huic domui*, dice el Señor: la paz sea en esta casa. Sea, pues, ella en la nuestra, esta fresca tienda donde nos hallamos haciendo nuestro festin eclesiástico; y decidme si no gustais de esta gelatina que está temblando á modo de oro suavizado y cuajado en disidentes glóbulos que quieren irse por lados opuestos, á despecho de la cohesión que los sujeta al centro de gravedad? Esto se toma en copa, reverendísimos padres: si la copa es de orilla dorada, tanto más poético el manjar: idlo disgregando delicadamente con cuchara de plata, y no os lo echeis al colete de un

solo empuje, como lo acaba de hacer este goloso capuchino, so pretexto de que no está en los usos del mundo. Un traguete de moscatel sobre la cresa gelatina, hem? Sonreis y otorgais de cabeza, ilustres polizones: ya sé lo que os agrada. Esta crema blanquísima, sonroseada levemente por tintura comestible, es de los « nobles é extraños letuarios con que suelen regalar las monjas, » si por ventura habeis saludado al Arcipreste de Hita: sois pues servidos de admitir este noble é extraño letuario? Merced me haceis con pedirme triple racion para cada uno de vosotros. Agora veamos si el champagne halla gracia con vueseñorías? Pasito, padre, pasito: licor es éste que hemos de apurar por puntos, saboreándonos con él; y no así como indio sediento su mate de chicha en el camino. Es costumbre vuestra tomar café despues de la comida? Os quita el sueño, bien lo veo: el café no se conforma con caras redondas, mondas, antiguas, como las aquí presentes; con cuellos cortos y metidos entre los hombros; con pechos lanudos por defuera, asmáticos por adentro; con vientres chapados á la española, esto es, adictos al chocolate. Café, cosa profana: algo hay de revolucionario en este brebage de la civilizacion moderna: café toma el progresista, café el radical, café el librepensador: en sus negras entrañas viene disimuladamente la filosofía del siglo décimooctavo; su sedimento es la Enciclopedia repastada con el *darwinismo*. Absteneos del café, reverendos padres y señores, y retiraos, dando gracias al cielo de esta copita de mistela de almendra que os ofrezco en el quicio de mi puerta. Retiraos, si gustais: *si vobis videtur, discedite*. Pero no habeis rezado? im-

prios! Volveos y oid: « Santa Maria, madre de Dios... » Está lloviendo? Paraguas, señor cura; zuecos, señor prebendado.

Y han de decir estos ingratos que los herejes los servimos mal. Ya quisiéramos nosotros que ellos nos dieran gelatina, y crema, y vino de Jerez; y nos hicieran acompañar con farol hasta nuestras casas, bien provistos de lo necesario contra lluvia y humedad. Si nos dan gelatina... de mostaza; y turronec de culebras; y alfeñiques de hiel, allá en los festines con que nos regalan en los quintos infiernos. Volvemos á las andadas? Sangre, no por mi barrio: moro soy de paz, y no doy de comer á mis huéspedes los miembros de sus hijos ternezuelos. Somos aquí Centauros y Lapi-tas que nos hemos de romper la crisma á todo trance, habiéndonos reunido para comer alegremente en estas frescas, apacibles tiendas de ramas entretajidas? Las bodas de Pirotoo é Hipodamia son una revolucion contra la moral y la felicidad del himeneo: ira, embriaguez y lujuria las antorchas que alumbran esa fiesta de las pasiones desencadenadas y los vicios sin freno. Ese banquete se concluye con una zuiza infernal, donde novios, dueños de casa y convidados se echan mano á las barbas y se tiran los trastos á la cabeza: nosotros, como más buenos cristianos, hemos de separarnos como buenos amigos. A Dios quedad, señores clérigos, y excusadme, si he sido ménos largo de lo que cumple con ilustrísimas y reverendísimas personas.

Si les habré dado un banquete de Escotillo á esos

señores? De perlas han comido, y se van con hambre; con hambre, y no así como quiera, sino muertos de hambre, sin que yo tenga sombras ni léjos de hechicero. Miguel Escoto, ó Escotillo, era un brujo que daba festines donde se comia y bebia sin limitacion: cuando salian los convidados, no se iban á sus casas en volandas sino para darse hartazgos que eran asombro de sus mujeres. Y con todo, Escotillo no los habia llamado para darles matraca, ni para hacerles dormir sueño de Simon Pedro, mas aun para comer real y verdaderamente de lo mejor que en España por ese tiempo habia. La mesa cubierta con precioso alemanisco de enredados fluecos, está fulgurando con la plata labrada: ved allí esos principios dignos de real festejo: peras de Ronda, las más jugosas, harinosas, suaves y dulces de los huertos cultivados por los moros, y conquistados por la espada de Gonzalo Fernández: bellotas de Plasencia asadas á fuego lento, para que cobren ese color de oro oscuro, delirio de los ojos y el paladar. Aceitunas de Sevilla, gordas, frescas, de acidez tan agradable, que para con ella es nada la fruta de pura dulcedumbre. Melocotones, priscos de cuesco rojo cincelado por la naturaleza en rayas curvas que quedan limpias cuando habeis arrancado la sabrosa carne. Tasajos enormes de melon encendido, que no oponen la menor resistencia á la hoja de plata que los divide en trozos proporcionados á la boca: mirad si os deleita esa acuosidad suavísima, dulcísima que os inunda los órganos del gusto. Escotillo está sonriendo de satisfaccion; sus huéspedes manifiestan no ménos apetito que buen humor, expresándolo en cortés algazara.

Allí vienen las entradas: sopas de tortuga, regalo de epicúreos: perdices de Monserrate; costillas de carnero dispuestas con excitadores adminículos: lomos de ternera medio hundidos en una fortaleza de guisantes ahogados en salpimentada manteca de vacas. Ahora llegan las ostras de Noya, las anguilas de Ponferrada, los besugos de Laredo. Qué pieza admirable es esa que está tendida sobre larga fuente? Es el jamon de Trevelez, famoso en los reinos de Aragon y de Castilla: este manjar deja en la lengua voluptuoso escozor que requiere una copa de alaejos: ofrécela Escotillo, y el mundo entero echa un hurra de placer. El cerdo de Talavera será extraño á las suntuosidades del goloso mágico? Miradle allí en forma de pernil beneficiado largo tiempo, no ménos que el chorizo de Garrovillas: entre las cosas que piden vino, suya es la palma: el que quiere beber con indecible gusto, eche mano por esa delicada bajeza, y brinde á la salud del puerco.

Sin legumbres no hay mesa cumplida: para que los espárragos sean los más dulces y jugosos, ved como sean de Aranjuez, esos cuyo tallo comestible tiene cuatro dedos, el cual, embarrado en la blanca masamorra con que anda de continuo, es delicia del más esquilimoso comedor. Le llega su vez al queso: he allí el de Burgos, célebre en las cuatro partes del mundo, por la untuosidad con que se derrite cuando la lengua le da vueltas. Los de Cáceres y Villalon no se quedan atras, ni por la sal, ni por el dulce: las vacas que dan esa leche se mantienen en dehesas ricas de herbajes zucarinos. Bien así como las abejas arrancan de las flores las sustancias